



ÁNGELES DEL SUEÑO.

¿Qué funestos pensamientos del espíritu del mal podrían venir á la imaginación de estos dos niños? ¿Quién sabe! Tal vez alguna inspiración de envidia ó de orgullo; tal vez algún proyecto de maldad engaño; la ejecución imaginaria conciertan simultáneamente.

¿Cuántas veces las tentaciones han tomado así la forma del sueño para tenderles sus lazos! La razón entorpecida se encuentra entonces sin fuerzas para discutir nuestra resolución; el acto se verifica sin que nosotros podamos tener responsabilidad; nuestros malos instintos parecen que se ensayan en los limbos del sueño, para acostumbrarnos á sus manifestaciones, ofreciendo á los ojos del alma mil imágenes insensatas ó culpables, quitándoles de este modo su primitiva repugnancia.

El alma se despierta poseida todavía de sus ensueños, procura acordarse de ellos, y se turba involuntariamente á su recuerdo. Dichosa cuando los ángeles guardianes han llegado á su tiempo para interrumpir el viaje de la imaginación á través de la estravagancia ó del mal.

Pero si su vuelo no ha sido bastante rápido, ¿Dios no ha puesto en

el mundo exterior, y hasta en nosotros mismos, guardianes cuya voz no cesa de hacerse oír? ¿Para el que mira concienzudamente el mundo que nos rodea, no encuentra sobre la cumbre de las colinas y en el fondo de los valles *consejeros* providenciales? ¿Qué destino no encierra en sí propio una lección fructífera! La vida entera es una gran cátedra que nos instruye y nos aconseja.

LOS TEMPLARIOS.

No creíamos que después que tan desdichado fin tuvieron los templarios, se hubiera acordado nadie de esta asociación religiosa; mas aquí para referir los hechos de armas de sus adeptos, ó dar cuenta de la historia de la orden por completo. Pero hace poco tiempo llegó á nuestras manos un documento auténtico, irrecusable, que demuestra que tres siglos después de su estincion se trató de restablecer la orden precisamente allí mismo donde el Gran Maestro sufrió tan ignomi-

nica muerte; hecho que tal vez considerarian los apologistas de los hermanos militantes como reparacion y prueba de lo injusto de la sentencia que les dió el golpe de gracia. El documento á que nos referimos es una carta de Felipe III, autorizada por su secretario, y que copiamos literalmente, porque la creemos de alguna importancia en atencion á que no tenemos noticias de que haga mencion de ella ninguno de nuestros historiadores. Dice así:

«El rey: Don Pedro Gonzalez de Mendoza; Baylio de Lora: Don Diego Brochero me ha dado el memorial (de que aqui va copia) sobre la pretension que tienen de Francia para que se vuelva á fundar la religion de los templarios y que se dé el Maestrazgo de ella al duque de Nevers y suplicome lo que por él vereis y aunque se alenderá al remedio de esto como cosa que tanto importa, holgaré, que con mucho secreto y sin que nadie lo entienda me aviséis de lo que acerca de ello se os ofreciere y pareciere que yo será servido de que así lo hagais. De Madrid á 15 de febrero de 1616.—Yo el Rey.—Antonio de Aróstegui.»

CALIFORNIA.

Una visita á la ciudad de San Francisco.

I.

Esta hermosa península denominada California se halla situada en la septentrional América y al N. del mar del Sud. Bellísimo y pintoresco territorio, abundante en granos y frutos. En los meses de abril, mayo y junio, sobre esa tierra de promision cae con un generoso rocío una especie de *mazá*, que tomando consistencia se endurece sobre las verdes y lozanas hojas de los cañaverales, donde se recoge, y cuyo dulce sabor gratísimo al paladar trae á la mente la divina ambrosia, ese pócico manjar atribuido á los dioses de la mitología. Las ricas playas de aquel salufifero clima poseen perlas como las de Panamá y Golconda, en donde se encuentran los mejores diamantes del mundo; pero en cambio hállase con no vista profusion en la California el mas noble de los metales, el oro. Los primeros europeos que habitaron y poblaron dicha comarca fueron los españoles, que construyeron algunas casitas y un pequeño fuerte llamado *Nuestra Señora de Loreto* (año 1750): pero hoy, sin saber por qué, se han hecho dueños de ella los anglo-americanos. Hubo un tiempo en que los ignorantes naturales de esa rica península, bien ajenos por cierto de los tesoros que henchian las entrañas de su suelo privilegiado, vivian sin casas, durmiendo en el verano al abrigo de frondosos árboles, y durante el invierno cobijados en escavaciones subterráneas... pero todo ha cambiado; existe la gran ciudad de San Francisco, objeto de nuestra visita.

II.

Desembarcamos el día 15 de julio de 1851 en aquella ciudad erigida por casualidad, cuyas chozas se habian convertido en magnificas casas, y cuyo rápido progreso indicaba lo que habia de llegar á ser muy pronto. La porcion mas considerable de la ciudad hallábase situada en el valle; pero dogmiera se edificaba con prodigiosa rapidez, aunque con preferencia ya sobre las alturas, á consecuencia de haber notado los exploradores que eran las mejores tierras para hallar oro. Entre las muchas calles que recorrimos, merece particular mencion Kearney-street por su grandor y magnifico caserío de tres y cuatro pisos. Nos alojamos en *Freemont-hotel*, pagando 60 duros al mes por un aposento sin sunchiar cañi, de unos 14 pies en cuadro, alquiler que no pareciera caro al lector cuando sepá que otros sujetos pagaban mucho mas; entre ellos conocimos á un proclador que pagaba 400 duros mensualmente en otra fonda con algunas mayores comodidades, y mejor situada para negocios. El precio minimum de cada comida era el de un duro: un panecillo solo una peseta.

Desde la cubierta del buque, al entrar en el puerto, se divisaba la parte incauta de San Francisco, que era una elevada colina sembrada de pequeñas tiendas de campaña de lana ó de cáñamo, entre las cuales destacaba una casita de piedra que es la fonda mas económica, á la que ya hemos aludido al dar cuenta de que nos hospedamos en ella durante nuestra corta residencia en dicho pais.

Visitamos pues como llevamos dicho todas las calles: curioso por cierto era de ver como divagaban presurosos en todas direcciones hombres procedentes de todos los angulos del orbe: allí vimos los naturales del pais con sombreros de anchas alas, calzados con sus ponchos, mejicanos, chinos, con largas trenzas de pelo colgando desde la coronilla, malayos con torva ceña, color estrino y diales puntiaguados, teñidos de un color negro y brillante, y muchísimos otros, largos de enumerar, de indómita diversidad de castadores; algunos guetrand tan luengas y pobladas barbas, que habiera sido difícil

averiguar á qué naciones pertenecian, á lonerse que guiar por sus facciones ocultas entre la espesa sombra de aquellos bosques naturales de pelo, entre los que asomaban tímidamente las puntas de los narices, y dos ojos muy relumbrones. En la plaza mayor, *Portsmouth-square*, vimos cómo tremolaba al aire el pabellón de los Estados-Unidos en las casas consistoriales. Luego nos trasladamos sobre una eminencia de donde descubrimos un inmenso panorama: á nuestros pies yacia la bahía y el pueblo, con sus tiendas, casas y los flotantes méstiles de los buques anclados, ondeando los variados colores de sus banderas y orilladas de todas las naciones conocidas: este cuadro resaltaba á los ojos sobre el fondo en último término de una elevada y ondulante linea de azuladas y vaporosas montañas. A poco de nuestra llegada y enfrente del *United-clafes-hotel*, como en otras calles, vimos que removian la tierra con grandes cochillos, y luego la deshacian entre las manos: eran buscadoras de oro, que empleados en esta faena ganaban sobre cinco duros diarios: después de separar la tierra y el polvo entresacaban algunas partículas de oro, que colocaban cuidadosamente en un pliego de papel blanco; otros estiran los granos del precioso metal con el auxilio de cabezas de alfileres que humedecian con la lengua. Conocimos á un niño que con semejante ejercicio hubo muchos dias de ganar 14 duros! ¡Buena jornal!

De dos años á esta parte, los sedientos de oro suelen dar la preferencia á la Australia, de cuya region nos ocuparemos en otro artículo, mediante Dios.

PEDRO DE PRADO Y TORRES.

TIPOS ESPAÑOLES MODERNOS. (II)

I.

El Pollo.

¿De qué época data el descubrimiento de este animal implume, que tan importante papel representa en el día en la sociedad moderna? ¿De dónde le viene el nombre con que se le designa, y el cual fué aceptado desde el primer momento, así por los individuos de la raza primitiva como por la generacion contemporánea?

Segun las noticias y datos mas positivos, el origen del pollo humano no se pierde en la noche de los tiempos, como el origen del que no lo es. Al contrario, todo induce á creer que salió á luz allá por los años de 1848, no siendo producto de ninguna revolucion política, sino efecto sencillo y natural de un sistema de educacion que no tenemos el deber de calificar.

Antes, —y esto antes no representa el siglo pasado, sino un período de dos ó tres lustros anteriores al año referido de 1848, —antes, el niño era niño desde que nacia hasta que acababa su carrera. Educado en el seno de la familia muchas veces y con éxito completo, —como se dice ahora de todas las comedias que se estrenan en los teatros, —enviado algunos al Seminario de Nobles ó á la Escuela Pia, no conocia otro mundo que las paredes de su casa ó las del colegio. Algo mas tarde se le entregaba en manos de un ayo, eclesiástico casi siempre, el cual le acompañaba al Retiro ó á la Ronda los domingos, á la procesion del Corpus en su día, á andar las detaciones el Jueves y Viernes Santo, y al teatro en dos ó tres ocasiones solemnes anualmente. —Esta educacion era sin duda inferior en brillantez hántz á la actual; en cambio era mas sólida y conveniente. Entonces los jóvenes no luchan tanto como ahora, pero pensaban mucho mejor; no tiraban al azar y á la pistola; pero no luchaban á sus padres; no montaban á caballo ni sabian dirigir un carruaje; pero no frecuentaban los cafés, ni los bailes de la calle de Capellanes; no entendian gran cosa el francés ni el inglés; pero no jugaban al *escaró* ni al *bacarrá*.

Cumplidos los veinticinco años, uno era abogado, otro entraba de auxiliar sin sueldo en una secretaria, el de mas allá se dedicaba al comercio, después de haber asistido á las cátedras del Consulado; este iba á una embajada, aquel se educaba en el claustro. Así se explica que no hubiese pollos, y que entre el niño y el hombre no existiera esa categoría intermedia que hoy existe y que ha hecho profunda sensacion en el mundo moral y en el físico.

Hemos dicho arriba que el pollo no ha sido producto de ninguna revolucion, y estamos por arrepatarnos de haberlo asentado; porque el sistema social que ha engendrado esa variedad de la especie humana procede directa y legítimamente de nuestra revolucion, la cual no modificó solo las instituciones, sino que alteró las ideas y las costumbres. —Debilítose entonces con otros principios el de la autoridad paterna, hasta ser remplazado con no menos exageracion por la li-

(4) Bajo este epígrafe se propone el antes del presente artículo publicar una serie de ligeras fisiologías de tipos contemporáneos: la segunda será la de *El gacero*.

erria. Ella. Antes el padre imponía sus opiniones á su familia; ahora se las deja imponer; antes era obedecido; ahora obedece; antes era dictador; ahora es usado mas en manera constitucional. De aquí primero el flojar la rienda á la inquietud juvenil; de aquí despues el emanciparse ella de todo freno; de aquí, por último, el trastorno completo de ese orden natural que debe regir á las sociedades bien organizadas.

Descubierto el origen del pollo, busquemos la etimología de su nombre, cosa que nos será en extremo fácil.

El mismo año de 1843 que hemos citado ya, hallábase en una sociedad aristocrática, en la casa de la condesa del M..., el malogrado marqués de San..., tan célebre por sus chistes y sus graciosas ocurrencias.

—¡Cáspita! dijo á los que se agrupaban en torno suyo, —si tirasen aquí un puñado de trigo, no quedaría ni un solo grano.

—¿Por qué? preguntó cualquiera.

—¿Pues no vé Vd. esa nube de pollos que nos rodea?

La palabra hizo fortuna; aquella misma noche corrió allí como el rayo; al día siguiente la acogió Madrid entero, y despues toda España.

No pasemos adelante sin explicar en qué se diferencia la educación actual de la que hemos descrito arriba con ligeras pinceladas. —De ocho á quince años se envía ahora á los niños á uno de los infinitos colegios que en Madrid existen, y en donde, si por regla general no se los educa bien, en cambio se los educa pronto. Poca latin, mucho francés; poca historia, mucho baile; poca filosofía y mucha gimnasia; hé aquí la base de todos esos libros en que se aprenden otras muchas cosas que no expresa el programa, como ponerse la corbata, escribir cartas amorosas, tirar al fiorete, jugar en todos los idiomas, y fumar.

Durante el tiempo que se emplea en tomar tan útiles lecciones, los padres no piensan en los hijos sino para llevarlos algunas temporadas á su casa, hacer que frecuenten los coliseos, á inspirarles el gusto á los placeres terrenales.

A los quince años el pollo ha terminado su educación preparatoria, y á esa edad se le lanza al mundo y se le otorga completa libertad para cuanto se le antoja. —Desde entonces, aunque vaya á la universidad, ó se balle agregado á un Ministerio, concurre sin embargo diariamente al Prado, á las sociedades y á los teatros; monta á caballo, asiste á la escuela de esgrima, y cena en el café Suizo.

El café Suizo! Hé ahí la escena de los triunfos de nuestro héroe, hé ahí su templo, hé ahí su asilo. —En él sintió crecer sus alas; en él se enteró de sus derechos naturales; en él halló sus primeros amigos y soñó sus primeros amores; porque el pulito, el legítimo, el verdadero pollo, necesita recibir la consagración de tal en casa de Matossi, aunque luego abandone por lugares mas altos al café de la calle de Alcalá. Vedle allí, sentado á una mesa, con un vaso de ponche delante, con un puro en la boca, con su naciente bigote retorcido, con su *tailma* arrastrado por el suelo; oístele hablar mal de las mujeres, bien de los caballos, poco de política, mucho del juego, y conoceréis en un momento su fisonomía física y moral.

Pero donde él brilla mas y se halla en su centro verdadero, es en los bailes y reuniones. —Ya pide un vals; á esta, ya usurpa un rigodon prometido á otro; ya mendiga una vuelta de polka; ya corre á poner su napoleon en la mesa de *scarle*. —Tan pronto disputa con un compañero sobre la elegancia de una *toilette*, como dirige un dardo agudo á tal cual marchita beldad; ahora rodeado de un numeroso auditorio refiere una anécdota chismográfica; despues vueta al *buffet* á cobrar fuerzas para resistir á sus fatigas; en una palabra, en todas partes baila, y en todas partes se la ve, pareciendo que se reproduce y multiplica.

El pollo puede impunemente hablar mal su idioma; pero habla bien por lo comun el francés, porque ese es el estudio mas normal que ha hecho en su vida. Luego para acabar de perfeccionarse, va los veranos á Bayona ó á los Pirineos, y hasta da su vuelta por el boulevard de los Italianos y el Palais Royal, con objeto de adquirir ese barniz parisien que tanto realce comunicó á sus naturales atractivos. Aquel que ha visto Mabilly y Aznieres, que ha conocido á Mogador, á la reina Pomaré y á otras elevadas ilustres de los bailes campestres de orillas del Sena, ese es soberano en su círculo y mira á los demás por encima del hombro.

El pollo es esencialmente armónico, y canta á todas horas canciones italianas ó coplas de zarzuelas. En la calle, en paseo, hasta en la iglesia, tararea entre dientes alguna pieza muy conocida; lo cual no impide que se duerma en la ópera y que se aburra en los conciertos. En cuanto á la literatura, le tiene declarado odio mortal.

Agresurémonos á decir que en esta familia ornitológica existen grandes diferencias y aun contrastes. Hay pollos melancólicos y casi románticos; los hay joviales y decididos; los hay literatos y hasta políticos; sin embargo, la especie que mas abunda es la de los pollos gastados ó *blases*, como ellos mismos dicen.

A los veinte años este pollo comienza á disgustarse profundamente de la vida, que só le aparece, no éntre purpurinas y aromadas rosas,

sino á través de crepúsculos tenebrosos. Entonces todo le cansa y le fastidia; es escéptico y casi ateo; habla de sus perdidas ilusiones; maldice la amistad y reniega del amor. Sus placeres únicos son la mesa y el juego; mira con horror el matrimonio, aunque se propone espiar el campo donde florece; y asegura que varía á la muerte acercarse sin miedo; —lo cual no le impide tomar todas las precauciones posibles para prolongar su dolorosa existencia. Este pollo es sin duda ninguno el mas insoportable de todos.

Hay hombres que no son pollos nunca, y hay otros que lo son siempre. Los primeros por instinto, por organización ó por cálculo, adoptan rumbo y costumbres diferentes; los segundos por carácter, por pequeñez de espíritu, ó por tontería natural, son niños eternamente.

De esta última cuestión se desprende otra muy importante. —¿En qué periodo de su vida comienza el hombre á ser pollo y cuándo deja de serlo? —Los autores contemporáneos difieren en opiniones: la nuestra es que esa época alegre y feliz dura desde el tercero hasta el quinto lustro, desde los quince á los veinticinco años. —Fué del que pretende serlo pasada aquella edad, porque ese es un pollo supuesto.

Para terminar esta párrafo de imperfecta fisiología, si tal puede llamarse, digamos que los pollos estan destinados á inspirar grande aversión ó profunda simpatía. Las mujeres los aman ó los odian, pero nunca muestran indiferencia hácia ellos; los ancianos son indulgentes con sus extravagancias; los hombres en general son injustos con sus fraquezas.

Hay otra especie que aborrece al pollo, que diariamente le increpa y le calumnia, que publica sin tregua sus defectos, que no consigna jamás sus buenas partes: aludimos al gaceticillero, el cual ha elegido al pollo por víctima propiciatoria, y se place y huelga en inmolarse á su saña. Cada día refiere ó inventa una anécdota, una aventura grotesca, en que el pollo hace el principal papel: cada día le dirige dos ó tres saetas envenenadas; cada día le lanza un nuevo sarcasmo.

Alguna vez se ha visto al pollo irritarse y empuñar el sable ó el fiorete para vengar sus agravios. Estas tendencias belicosas son el último rasgo de su carácter; y si ahora —como en siglos queacaso nos parecen felices porque se hallan lejanos.—se estudian divinas y leyendas, el pollo debiera escribirse su escudo: —*Cordero en paz y Leon en guerra*.

RAMON DE NAVARRETE.

JUSTA Y RUFINA. (I)

RELACION

por Fernan Caballero.

Yo bailo en la que agrada á la virtud sola y se llama MARIPE.

Ni los padres que forman á sus hijos según ellos quieren, ni los preceptores que pretenden desenvolver solo las inclinaciones naturales, logran sus fines. De este conflicto eterno entre la naturaleza y la vida, se puede inferir que hay una mano poderosa y oculta que educa tanto á las naciones como á los individuos.

SANTOSCRIT.

La vida presente no es sino una transición, un prebajo, pero no un término.

DESOLACIONERAS.

Las composiciones que los franceses y alemanes llaman *Nouvelles*, y que nosotros por falta de otra voz mas adecuada llamamos *Relaciones*, difieren de las novelas de costumbres (romans de moeurs) que son esencialmente análisis del corazón y estudios fisiológicos, en que se componen de hechos rápidamente enarrollados en el hilo de una narración, así es, en que son agudas en lugar de miniaturas como las antedichas.

Las relaciones pueden en favor de su tendencia á causar efecto emanciparse con mas desenfado que las novelas de costumbres de la estricta probabilidad sin adular su esencia ni fastidiar á su objeto.

No obstante, aun para la creación de las relaciones nos confesamos tímidos, como tan instintivo é indispensablemente apegados á la verdad, de la que decía Diderot que es la trinidad en las artes, dimanando de ella el bien que engendra lo bello, que es el espíritu santo. Cierto es que en lo verdadero cabe mucho; pues así como para las cosas espirituales nos muestra aquel sublime y resplandeciente templo que há hecho Dios, el cielo y cosas celestiales, muestra tambien inmensurables abismos de culpas y desastres que han hecho los hombres. Allí sol, luz, paz, pureza y bendiciones; aquí sangre, delitos, gemidos, y

(I) No sabemos si los lectores del SEMANARIO observarán al leer nuestra primera relacion, mas largo es el tiempo que la fortuna, que en ella se ve á los hombres, en la que presentamos ahora, en comparación de ella, que se ve á las mujeres.

blasfemias! Allí la misericordia y la compasión; aquí la crueldad, la soberbia, el odio y la venganza. Esta reflexión que hemos hecho, nos recuerda que á algunos les parece que están las nuestras demás en lo que escribimos; mas no por eso las dejaremos de hacer, puesto que entendemos que es la ética parte tan esencial en la novela, que si está la faltara podría colocarse en la categoría de un culto y fino *Tudé á mundé*.

Háenosos echado en cara también el hábil de Dios con respeto y énfasis, á lo que solo opondremos la sencilla reflexión que en parecidas circunstancias hizo un antiguo autor: como si no se pudiese decir de las buenas doctrinas, mejor que del dinero, que siempre vienen al caso! (1)

Mas Apolo suele acudir á la mayor necesidad, cuando ve á un pobre tímido novelista apurado por querer y no poder traer su prometido tributo al *Semanario*, y dispone que sea revelado á su desalentado devoto algún acontecimiento antiguo ó moderno que le sirva de báculo y es la vara de la que, regada con la tinta del autor ya que no con las aguas de Hipocreno, brotan las siguientes hojas:

La hermosa y distinguida marquesa viuda de Villamencia, sentada en el cierre de cristales de su gabinete, fijaba su triste y lánguida mirada sobre su hija, que en medio de la habitación estaba jugando con otras criaturas de su edad. Esta niña que tenía cinco años, era el tipo de una pequeña niña, con su tersa y alba tez y sus rubios cabellos, que flotaban en gruesos rizados sobre sus espaldas desnudas; las miradas de sus ojos azules eran tan dulces, que se volvían tristes cuando se fijaban. No siempre es la tristeza dulce; pero la dulzura por lo regular es triste, puesto que siempre se siente oprimida por la fuerza, ó lastimada por la soberbia, ó herida por la dureza, ó acorrajada por la lástima.

Frente á esta niña había otra como de siete años, cuyo tipo era vulgar; su rostro era basto y moreno; sus ojos negros y grandes hubiesen sido bellos, si la mirada andaz, curiosa, sostenida, y modesta que les era propia, y que con desenfado clavaba su dualidad en cada persona y en todo objeto, no las hubiese hecho sobre manera desagradables y repulsivas.

Al lado de la marquesa estaba sentada una de esas personas de las que con tanta propiedad se ha dicho que quitan la soledad y no dan compañía, entre pesados, inoportunos, que abruman y fatigan como el calor, y tan necias que no lo conocen! Era esta una señora, viuda desde muchos años de un administrador de loterías, el que si casarse con ella se había adjudicado á sí mismo el premio grande. Dicha señora conocía á la marquesa desde jóven y la trataba, no solo con la confianza que se tomaba en todas partes sin que se le diese, como una instintiva y genuina socialista, sino también con cierto aire á infusas preceptorales.

—Válgame Dios marquesa, le dijo, siempre estás triste! si es porque se murió tu marido, ¿eso ya qué remedio tiene? Si es porque tu hijo es un nena á oscuras, es hácia la cola y no quiere estudiar, consuélate con que no es el solo de su jaez, si es porque estás enferma, tampoco es ese un motivo para estarlo, porque las gentes enclenques viven tanto ó mas que las robustas.

—¿Qué dos de decir cosas desagradables tienen algunas personas! ¿Don dijimos? y dijimos mal, pues debimos decir *falto*; falta de educación, falta de finura, falta de delicadeza, falta de benevolencia, y sobre todo falta de bondad! El primer deber (ya que *impulso* no sea) que tenemos en nuestras relaciones con el prójimo, es pensar bien de él; la primera regla de finura y de delicadeza en el teatro social es demostrárselo así. Los malévolos juicios y su grosera expresión, denotados hoy mundo y franqueza, consiguen al fin el que sea nuestra sociedad mil veces peor y discosa que la de los Holandeses; y se habla mucho, mucho, de cultura y civilización, si como el ciego de los colores.

La marquesa, que era una mujer fina, se contentó con responder al impertinente epíteto de la administradora: me duele la cabeza.

—Ya, repuso la visitadora; no se estrojan con el ruido que están haciendo esas niñas!

—Pues si apenas hacen ninguno! dijo la marquesa; además, si lo hubiesen no me molestaría; la presencia de mi hija es todo mi encanto, todo mi alegría, todo mi recreo.

—Anda con Dios! repuso la viuda, en lo que concierne á tu hija; Justa es una buena niña, dócil y bien criada; pero lo mismo tola es á esa Rufina que bien se la puede decir Rufina, tan suelta de ademanes como de lengua, tan mal encarada como caridatentera; no te como la puedes sufrir á tu lado ni tolerar al de tu hija.

—La he criado á mis pechos, respondió la marquesa, y quizás por eso le deba la vida, puse cuando nació muerto mi penúltimo hijo, la salida de la leche me puso á morir.

—Por cierto que tuvieron buena ocurrencia entonces de traer para que la criase una criatura del hospicio! dijo agríamente la éspora viuda.

—Yo así lo exigí por muchas razones, señora.

—¿Y cuáles eran estas? ¿me lo querrás decir? pues no acierto cu-

les pudiesen ser.

—La primera, contestó la marquesa, fué la seguridad de que no pudiesen arrebatarme mas adelante la criatura que había alimentado á mis pechos. La segunda fué hacer una obra de caridad dando madre al pobre ser que no la tenía.

—Estos sentimientos, dijo la ex-administradora, son muy bonitos

impresos en novelas, pero en la practica lo que dices es cháchara, y no se puede una en el mundo guiar por ellos, pues hacen cometer imprudencias que luego pesan.

—Pero, señora, dijo la marquesa al fin, cansada del atrevimiento de una persona que tan agríamente compensaba los beneficios que de ella recibía y con tanta inconveniencia le reprendía la caridad que con otro ejercitaba, lo que estás diciendo son vulgaridades sentenciosas, que son las mas insostenibles de todas; axiomas á lo Sancho Panza; fallos infalibles de escalera abajo. Si para hacer el bien tuviésemos una seguridad que de eso bien nos resultaría provecho, ¿cómo estaría el mérito que habría en hacerlo? Cada día vemos á los pobres sacar niños del hospicio, apagarlos á ellos, prohibirlos y amarlos como propios; triste es decirlo, añadió la marquesa suspirando, pero el pueblo nos da continuamente ejemplos de caridad; los ricos somos los que no conocemos la verdadera generosidad, puesto que esta no consiste en dar una moneda, sino en hacer el bien sin cálculo. Qué perfectamente ha dicho Balzac que la avaricia empieza donde acaba la pobreza!

—Toma! contestó la viuda, los pobres lo hacen porque cuando son mayores los niños les ayudan con su trabajo.

—Señora, por Dios! cuando estos niños son mayores, ó salen soldados ó se casan, bien lo sabes.

En seguida se dibujó en el rostro de la marquesa una amarga sonrisa, y añadió á media voz como hablándose á sí misma: No hay flor en la naturaleza material que no marchite el solano, ni hecho noble y generoso en la naturaleza moral que no aje la malevolencia y la hostilidad!

—Mucho habría que decir sobre esto, repuso acerbamente su interlocutora; lo que únicamente te diré es que has de sentir y llorar lo que has hecho.

—Podrá ser, dijo la marquesa; un autor francés ha dicho que el diablo se venga siempre de una buena acción.

—Esa muchacha, prosiguió la hostil y cansada viuda, es más de *naïf*; nadie la pueda ver, y acabará por echar á perder á tu hija.

—El cuidado de que esto no suceda será mio, dijo la marquesa con frialdad. Señora, si os parece hablemos de otra cosa.

Ambas señoras habían callado, pero satisfechas la una de la otra, pues la una sentía su malevolencia derrotada, y la otra su delicadeza ofendida.

Las niñas en este momento jugaban puestas en círculo á un juego de prendas. Rufina, que tenía don de trauado, había puesto el juego diciendo:

—¿Ahí está Señá Mariquita Gil.

A lo que segun la regla del juego contestó su vecina:

—¿Quién es Señá Mariquita Gil?

Respondiendo en seguida Rufina señalando á la viuda:

—Es que tiene la boca así, el ojo así.

Y puso torcida la boca y el dedo en la mejilla tirando su párpado hácia abajo, con lo cual quedó hecha una visión, y algo parecido á la viuda que tenía efectivamente segun la voz vulgar un ojo remellado.

—¿Y no sabes tú, desvergonzada, dijo encolerizada la remellada señora que notó el insolente ademán de Rufina, no sabes tú la máxima que á este juego se adapta y añade? Pues oye!

Tuerce la boca hasta el mal
Quien del prójimo murmura;
Es liaca para mis faltas
Y topo para las tuyas (1).

Cada niña debía hacer y decir otro tanto apenas de pagar prenda, y era llegado el turno á Justa; pero la niña se negó á poner la boca así y el ojo así. Rufina insistió en que hiciera lo que habían hecho las demás, amenazándola si no lo hacia con que no jugaría mas con ellas, y la niña afligida por la amenaza, se vino á refugiar con su madre, en cuya falda se echó diciendo con el modo gracioso de pronunciar de los niños: ¡yo no quiero ponerme tan fea!

—Que concluya este juego, dijo severamente y con marcada intención la marquesa á Rufina, Niñasnías, añadió dirigiéndose á las otras.

(1) No podemos menos de citar aquí unas palabras del periódico *Le Espérance*, en un número del 6 de marzo, en el cual se dice: *«Hoy, dice, para mostrarle todo por el lado bueno, que para el mal y hostilizarle, hacen la costumbre de indolencia y de hostilidad»*.

(1) *«Juegos de Niños»*, recogidos por Alonso de Ledesma.—Madrid año 1611.

decid relaciones, que es mas bonito, y os ejercen en la pronunciaci6n.

Present6se primero Rufina erguida y haciendo quiebro, diciendo la siguiente relacion, que concluy6 con una profunda y grotesca cortesia:

Yo soy Doña Ana de Chares
la de los ojos hundidos,
casada con tres maridos:
todos fueron capitanes;
morieron en las milicias
donde murieron mis padres,
dejándome por herencia
manos blancas y ojos negros.
Beso á Vd. las suyas, señor caballero.

Sigui6 á Rufina en la palestra una morenita gordilla y colorada que apenas sabia hablar, pero que no obstante recit6 haciendo de apuntador al principio una hermanita suya algo mayor.

Aquí vengo no sé á qué
con mi barba de conejo:
¡ay! quien se comiera un viejo
que fuera de mazapan
ehe, aha.
como soy tan chiquita ya no sé mas.

Ahora era llegado el turno á Justa de decir su relacion; pero como era tímida volvi6se á negar alzando su angustiada carita, que se habia puesto encarnada como una rosa, y sus ojitos arrasados de lágrimas, á su madre como para implorar su auxilio.

—¿Por qué no quieres hacer como las demás, hija mia? le preguntó su madre.

—Porque no *sabo*, no *sabo*, respondió la niña con la respiracion agitada.

—Si *sabé*, sostuvo Rufina.

—¿Y por qué se ha de forzar á la niña á hacer lo que no quiere? dijo la viuda mas bien por contrariar á Rufina que no por favorecer á Justa.

—Para que sea dócil y no se particularice nunca, y menos por incomplicencia, contest6 la marquesa: vamos, hija mia, di una relacion.

—Si no *sabo* relacion, repiti6 la niña haciendo uno de esos graciosos visajes, á los que se ha dado la denominacion infantil de *pucheros*.

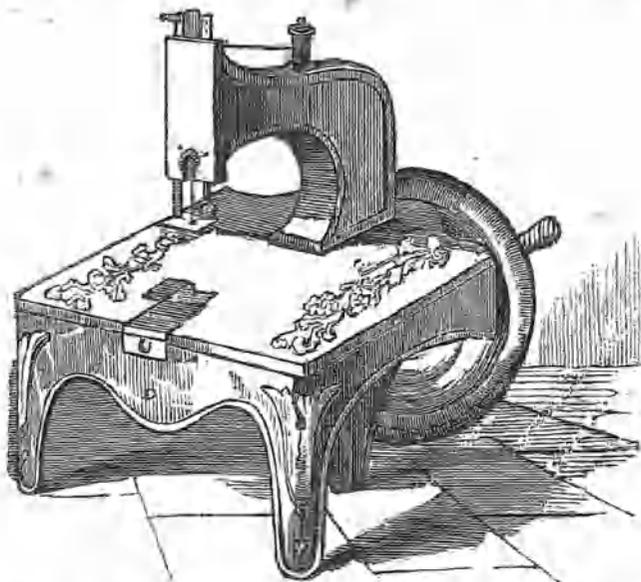
—Pues di una oracion, dijo su madre; así probarás tu buena voluntad en obedecer.

—¿La que digo cuando estoy en la cama?.. pregunto la dócil niña.

—Bueno; que sea esa, repuso su madre.

Entonces dijo la niña pronunciando graciosamente á medias las palabras:

A costarme voy
sola sin compaña



(Máquina para coser, inventada en Manchester y destinada á la esposicion de Paris.)

la Virgen María
esta junta mi cama;
me dice de quedo:
mi niña reposa
y no tengas miedo
de ninguna cosa.

(Continuad.)

UNA APUESTA.

(Continuaci6n.)

—Las albasas...

—He vendido ya gran parte... las que me quedan solo valdrán unos quince mil reales.

—Ya solo faltan otros quince mil.

—¿Y de dónde sacarlos?

—Yo los pondré.

—Usted!

—Yo, sí. Tengo mis ahorros, y además la casita de fuera de puertas que venderé.

—Pero yo no puedo consentir...

—Escúcheme Vd, dijo Angélica tomándole una mano. Hace algun tiempo, cuando conocí á Vd, era yo una niña mas bien por el alma que por el cuerpo, y concebí por Vd. un cariño... fraternal. Entonces formé sueños muy bellos para el porvenir, porque no conocia la vida;

sueños que Vd. alimentó por entretenimiento, y que luego he visto que no podian realizarse, atendiendo á la clase de ambos y al lejano puesto que ocupamos en la sociedad. Entonces pensé en ser para Vd. una hermana, una amiga, una madre, todo lo que puede haber de mas tierno en el cariño inocente. Quise poseer todos los dolores de Vd., ser la hermana de caridad que vendase las heridas de su corazon. Una persona de quien Vd. se olvidara en sus alegrías, pero que tuviera el derecho de aliviarle en sus dias tristes. ¿Se negará Vd. á mi súplica? ¿desechará Vd. mi amistad?

—Pero aunque así sea, murmuró Enrique confuso, yo no puedo recibir de Vd. esa limosna...

—Enrique!... Vd. tiene el corazon noble y se obstina en pronunciar esas frases inventadas por las almas viles... Lo que yo ofrezco á Vd. es el don de la hermana al hermano.

—Pero ese don... yo no le admitiré.

—Y bien: que no sea un don, sino un préstamo que me pagará Vd. cuando recobre sus bienes.

—No tengo seguridad de recobrarlos.

—Yo la tengo, y el acreedor es quien debe evaluar las seguridades.

—Y mientras tanto...

—Mientras tanto viviremos uno al lado del otro en dos cuartitos que buscaremos, y trabajaremos para vivir.

—Qué locura!

—¿Por qué? La miseria eterna puede asustar; pero la miseria de un dia, la miseria cuyo término se conoce, no debe asustar á nadie.

De esto era muy facil convencer á Enrique, que ignoraba la miseria. Nadie cree, al acabar de comer, en los padecimientos del hambre.

—Pero, dijo, la reputación de Vd. perderá.

—Mi reputación... no me interesa gran cosa. No seré la esposa de nadie, y Dios verá mi corazón... El menor de los pesares que sentí al ser robada, cuando mis raptos me abrigaron á escribir á Vd. una carta infame que no sé si recibí, el menor de mis dolores entonces fué el de pensar que mi reputación podría mancillarse.

Enrique estuvo á punto de preguntar los pormenores de este rapto; pero le contuvo la idea de que era una novela, y esta idea le hizo des- puchar todos los planes de Angélica, á quien empezó á mirar como á una astuta sirena.

—¡Es imposible, dijo levantándose y mirando á sus pistolas, todo eso no son mas que delirios!

Y cogiendo las esquelas fúnebres en una mano, llevó la otra á la escomparta para llamar á su ayuda de cámara.

—Un momento, Enrique, le dijo Angélica cogiéndole la mano, ¿Va Vd. á enviar esos entregos á sus acreedores?

—Sí.

—¿Solo á sus acreedores?

—Sí.

—Pues debe Vd. desgarrar una parte de ellas.

—¿Por qué?

—Porque están pagados.

—¿Por quién?

—Por mí, que he dado este paso antes de venir, presumiendo la negativa de Vd. Aquí están los recibos.

Y sacando de su pecho algunos papeles, se los enseñó á Enrique que iba de asombro en asombro.

—Ahora, le dijo, dame Vd. una de esas esquelas, y condéneme á la miseria si quiere.

—A la miseria...

—Sin duda. He pagado esto con cuanto tenía, esperando que al volver el padre Clemente me resarciría Vd.; pero si se suicida, como la restitución de sus bienes no podrá hacerse, no podré cobrar mis réditos y quedaré en la miseria...

Enrique empezó á pasearse de un lado á otro, presa de una agitación violenta. De pronto se paró.

—Puedo pagar á Vd., dijo, estos muebles, mis alhajas...

—No son de Vd., sino de los acreedores á quienes Vd. no ha pagado, y haciendo Vd. cesar de bienes, me tocará una parte muy corta.

Enrique volvió á pasearse murmurando:

—¡Ni aun tendré libertad para morir...

—¿Qué le cuesta á Vd. esperar?

¿Creeis, lectores, que lo que más trabajo costaba á Enrique era el renunciar á su proyecto de entrar á los acreedores las esquelas de defunción?

Al cabo de un rato se paró enfrente de Angélica, y mirándola con una mirada que podía muy bien pasar por cólera, la dijo:

—Y bien... haré lo que Vd. quiere; pagaré á mis acreedores; trabajaré; la pagaré á Vd., y entonces seré libre para morir.

—Esa promesa me basta, dijo Angélica alargándole la mano como para sellar el acto.—Cuando me haya Vd. pagado, pensará Vd. de otra manera.

En efecto, la miseria debía variar á Enrique.

En el mundo social el oro es un elemento constituyente de la sangre, un principio de vida que influye directamente en nuestras ideas, en nuestras creencias y nuestros sentimientos. Hay sentimientos, ideas y creencias peculiares al oro, á la plata y al cobre, como otros tantos fluidos galvanicos que se desprenden de estos metales; los hay tambien peculiares á la carencia absoluta de numerario. Todos los filósofos que han desdenado las riquezas eran pobres, y su filosofía era hija de su pobreza; era, más bien que convencionalmente, despocho, como la zorra de la fábula ponía faldas á las uvas que no podían alcanzar.

Byron, según el cuadro de la *Oryza* de Leon Gorlan, esa preciosa perla literaria de pocas líneas, pero en la cual cada línea vale un poema, graduaba sus creencias por el estado de su bolsillo; y Baile confesaba que el no creer en Dios solo es bueno hasta los cuarenta años, es decir hasta que pasa la juventud, y la pobreza es una vejez anticipada. Sería un estudio curioso, y tan grave como lo puede ser la fisonomía, el que enseñase á valuar por las ideas el capital y á conocer la fortuna, la biografía de un autor por los libros que hubiera escrito; pero los pataristas desacreditarían este estudio, como han hecho con la frenología y la fisonomía antes citada por su interés particular. No es de mi cargo, sobre todo ahora, plantear este estudio fecundo; arrojé en la tierra el grano para que otros lo hagan florecer; y siga mi narración ocupándome solo de la disección moral del alma de D. Enrique.

III.

DÍAS DE LUTO.

Cuando se trató de pagar á los acreedores, se encontró que la venta de los muebles y alhajas producía una tercera parte menos de lo que

se esperaba, y las deudas subían una tercera parte más de lo que se creía. Entonces Angélica se desprendió hasta de sus ropas, y los dos amigos se redujeron á una buhardilla en un barrio extraño, sujetándose á un régimen dietético que hubiera parecido demasiado rígido á los padres del yerno del tiempo de San Antonio, para cubrir el déficit á fuerza de trabajo. Pero el trabajo de Angélica, que sacaba de una tienda ropa blanca para coser, apenas cubría las necesidades de la casa, pues no hay trabajo peor retribuido que el de la costurera, lo cual es una de las principales causas de la prostitución. Si se formara una estadística, se encontrarían más mujeres de mundo salidas de las filas de las costureras que de ninguna otra clase.

Angélica, aunque sostenida por la inmensa fuerza que da la castidad en la juventud, y que el cristianismo ha simbolizado en María, que engendra un dios, empezó á consumirse poco á poco como una lámpara sin alimento. Privada de aire y de luz en la celda de su buhardilla, semejante á una prision, ella criada entre flores, sujeta á un trabajo constante, por el día junto á la ventana, por la noche al lado de la mesa donde cosía á la luz de una vela humeante, su rostro adquirió esa palidez peculiar á los que pasan largos años en la oscuridad; su vista se debilitaba, y sus ojos se entrojaban; seguía siendo hermosa, pero lo era de un modo diferente de antes. Su hermosura era la que sufrimos en la sombra de la mujer amada á quien perdimos, cuando en las horas de la noche tranquila creemos verla descender suavemente cercada de una aureola de luz entre la sombra para sumerjernos con melancolía y besar nuestros cabellos en nuestro sueño.

La hermosa atmósfera de la miseria que rodeaba su cuarto, hacía en ella quizá más estragos que el trabajo mismo. Oculando en su corazón un amor inmenso como una perla oculta en su concha, no tenía para alimentarlo sino sus propios sacrificios, porque Enrique ignoraba que la amaba (cuando no nos engañamos sobre nuestros sentimientos), creía ahorrería, y no la dirigía jamás una palabra de ternura, no dejaba caer nunca una gota de rocío en aquel corazón sediento de amor, que se inclinaba como una azucena marchita por falta de riego. Ese prolongado tormento servía aun para purificar, para acrisolar el virgen y romántico amor de aquella niña enseñándole á vivir de la abnegación. Angélica había llegado á cifrar su felicidad en la de Enrique, á gozar en sus sacrificios, y á servirle gota á gota para calmar su sed la sangre de su corazón. Si la verdad llega á convertirse en una pasión ardiente, ¿qué prodigios no obrará cuando se ejerce sobre un objeto amado? La esclavitud voluntaria del amante produce un placer fecundado con lágrimas de amargura, que una vez gozado, se desea como esos frutos desagradables al paladar en un principio, que después por la costumbre se eban de menos el día que fallan, y se saborean con deleite cuando se encuentran de nuevo. Angélica rodeaba á Enrique de cuidados cariñosos, le arropaba en su lecho como una enfermera, ó mas bien como una madre á su Benjamin; se acostaba sobre sus pies como un perro fiel, se alimentaba con las migajas que caían del pedazo de pan que le procuraba con su trabajo, y se consideraba feliz el día en que á fuerza de abnegación y de ingenio conseguía hacer aparecer en los labios de su amada una sonrisa triste pero menos amarga que de costumbre, semejante á un rayo de sol entre las brumosas nieblas de un día de invierno sobre las ruinas de una ciudad antigua.

Y Enrique, ciego, no pagaba tanta abnegación, tanto amor, con una palabra de dulzura. La desesperación de Manfredo gangrenaba su alma, y encerrado en su silencio sombrío como un rey destronado atado al carro del triunfo de su vencedor, dejaba caer de vez en cuando de sus labios palabras de hiel, sarcasmos dignos de Melisbéles, porque era en realidad un ángel caído que llevaba su infierno en el corazón.

Sea un estudio psicológico de sumo interés la disección de esta alma tan poética en sus primeros días, tan estragada por las pasiones y sometida á una expiación tan cruel. Apartado del círculo de la riqueza; se asemejaba á aquellos que perdiendo la vista en la edad madura, pierden con ella parte de su razón. La fiebre continua que le abrumaba le mantenía en una irritabilidad infantil semejante á la de los lincoos, en una susceptibilidad de epidermis que le acalaba á cada momento por pequeñeces de que en otro tiempo no se hubiera ocupado. En el siglo presente en que la revolución social ha derribado tantas fortunas, en que tantas otras se han elevado por un momento hasta el cielo como las alas del mar, ¿quién no ha visto á uno de estos hijos prodigios huyendo descalzos de su palacio incendiado, rasgándose los pies en las quiebras del camino, y sin ver en el horizonte la blanca chimenea de un hogar paternal en que recogerse al fin de su jornada? Los que han visto alguno, que serán todos mis lectores con varias excepciones, se formarán una idea cabal de lo que era Enrique en esta situación, y sus recuerdos se le pintarán mejor que podrían hacerlo mis pinceles.

Abrumado por los recuerdos de sus pasadas grandezas, sediento de goce, y luchando contra la miseria que le encerraba como á Leon los hierros de su jaula, no recordaba á Angélica sino para maldecirla,

porque obligándole á vivir le obligaba á padecer. Cuando esta idea hija de su corazón se apoderaba de su alma adnegaciéndola como el cielo de Andalucía una nube de tempestad, tenía lugar en el interior de la humilde bohemia las escenas frenéticas que hacían derramar á Angélica lágrimas como las del ángel de la Guarda al ver al pecador recaer en la culpa. A estas escenas seguía un arrepentimiento sincero en que Enrique se echaba en cara su injusticia, lloraba de rodillas pidiendo perdón á Angélica, y la pobre jóven se veía obligada á consolarle del sentimiento que tenía de haberla ofendido. El entonces la bendecía, la llamaba su ángel bueno, se avergonzaba de vivir á su costa y se proponía trabajar. ¿Pero en qué había de trabajar? No sabía hacer nada, ó por mejor decir, no sabía utilizar para nada sus conocimientos. Sabía muchas cosas, pero no las sabía por principios; su educación enciclopédica, como la es en general la de todos los hombres de buena sociedad, era un trabajo de Bigrana hermoso y deslumbrante, pero sin solidez ni valor. Sabía decir sobre cada cosa una buena frase; pero esta ciencia de salón solo sirve para birlar en la vida semi-última de los salones. Y luego recibir dinero por tratarlo, él tan activo, él que como el emperador romano estaba acostumbrado á pasearse en el carro de la opulencia por un camino sembrado de oro. La moneda que hubiese recibido le hubiera quemado los dedos, y para él hubiera sido de hiel el pan ganado con el sudor de su frente.

Esta situación ya tan dolorosa se agravó más de repente porque Angélica cayó enferma. La pobre jóven se esforzó en ocultarlo y seguir trabajando; pero sus esfuerzos solo consiguieron agravar su enfermedad, y al fin cayó rendida en el lecho.

¿Qué iba á ser de ellos? Enrique lloró de desesperación; no tenía para darla ni un pedazo de pan; no tenía dinero para pagar á un médico que la asistiese. ¿Y la dejaría morir de hambre y de dolor?

Al espirar una noche de invierno, en la hora en que el frío ruaja la escarcha, Enrique estaba sentado junto á la cama de Angélica que se acababa de despertar. Levantada la cortina de percal que ocultaba su lecho, este aparecía en toda su desnudez, abrigado solo por una sábana y una colcha. Enrique le había aumentado su colcha y su sábana; y después, viendo que aun temblaba Angélica, echó sobre ella su gabán y su frío quedándose en mangas de camisa, de modo que su cuerpo estaba helado por el frío que penetraba á través de los rotos vidrios de la ventana y por debajo de la mal encajada puerta. Había nevado durante toda la noche, y por entre las vigas del techo se rezumaba el agua de la nieve, cayendo á compás y góla á góla sobre el pavimento, con un ruido semejante al de la péndola de un reloj. Una vela de sebo casi consumida colocada en una palmarita de barro sobre una mesita de pino, alumbraba esta escena de desolación. Enrique permanecía mudo contemplando á Angélica, que le miraba también y suspiraba de vez en cuando. Sus miradas contenían más poesía de dolor que todos los poemas conocidos. Cada uno de ellos sufría por el otro, y ambos se amaban en aquel momento con una especie de amor que solo en la desesperación se conoce. Los que han sido siempre felices no saben amar; es verdad que los que han sido siempre felices no pueden saber nada.

Sobre la mesa había un periódico que Enrique miraba de cuando en cuando sonriendo sarcásticamente.

—¿Qué leca? le preguntó Angélica con una voz débil que se asemeja al gemido de un ser perdido en el silencio.

Enrique cogió el periódico y leyó:

«*De la suicidio.* Ayer se estrajeron del canal á la inmediación del puente de Embreadero dos cadáveres, uno de hombre y otro de mujer, ambos jóvenes, ambos esposos, y que según parece han sido impulsados á cometer este acto por la miseria. Antes de arrojarlos al canal, el esposo cortó su pantalón á la falta de la esposa, y cuando se los estrajo, se hallaron sus cadáveres estrechamente abrazados.

—Dios los perdonará! dijo Angélica con los ojos inundados de lágrimas de caridad.

—No padecerían más que nosotros, murmuró Enrique... y ya no padecen.

En seguida se abismó en sus meditaciones.

Angélica le contempló con ansiedad queriendo á través con sus miradas las sombras que cubrían su corazón, y sintió una rapa de hielo estenderse por entre su piel al verle añadir después de un largo silencio:

—Y bien mirado, de qué la sirvo?

—De qué me sirvo! exclamó Angélica, á quien el temor dió fuerzas para incorporarse en el lecho. ¿De qué me sirvo! Abandonarme ahora sería condenarme á morir... sería una ingratitud.

Enrique la fulminó una mirada de cólera, y murmuró rechinando los dientes:

—Es verdad!

Solo Dios puede saber lo que pasaba por él en aquel momento.

Todo volvió á quedar en silencio. Al cabo de un momento Enrique se levantó y se dirigió hácia un cofre que había junto á su cama. Le

abrió y sacó de él una cajita. En seguida tomó su sombrero, se embolsó en su capa, y se dirigió á la puerta.

—¿Adónde vas? le preguntó Angélica.

—Ahora vuelvo, contestó Enrique con tono brusco.

—Pero ponte el gabán, ó al menos el frac... ya me abogo con tanta ropa.

La desdichada estaba titubando.

—No llevo frío, contestó Enrique, y salió cerrando la puerta.

Efectivamente, la fiebre le abrasaba. Con gran precipitación pero inseguro, descendió la escalera de su casa como el rey de la cárcel para ir al cadalso, y comenzó á subir su calle sin embosarse y llevando en su rostro tan marcada su desesperación, que los transeúntes se le quedaban mirando. Quizá algunos le conocían del tiempo dorado de su grandeza; quizá algunos habían sido sus amigos; pero no pudieron reconocerle, y él debió de dar gracias á Dios por su ceguera, porque así su orgullo sufriría una herida menos. De este modo llegó á casa de un platero. Quería vender una onza de oro, único recuerdo de su madre, y le estaba tanto dolor el venderla, como si hubiera tratado de vender la lumbre y el cadáver de su madre misma.

Llegado que hubo á la tienda, se paró á la puerta como mirando las joyas de los escaparatos, y exploró el interior con una palpitation de corazón semejante á la que experimenta el que roba por primera vez á la vista de la habitación que va á robar. No había en la tienda sino un mancebo, que de pie detrás del mostrador limpiaba una sorija. Enrique llevó la mano al pestillo de la puerta y la retiró temblando. Un sudor de muerte había en su frente.

—¡Valor! Angélica se muere de hambre.

Le decía su conciencia; pero su orgullo se rebelaba y le impedía entrar.

Por fin se decidió, y cerrando los ojos con la turbación del corazón que por el orgullo del deber se lanza á una muerte segura, alzó el picaporte y penetró en la tienda.

El mancebo apenas alzó la cabeza y le contempló con una mirada inquisitorialmente estúpida.

—¿Quiere Ud. comprar esto? murmuró Enrique enseñando la cruz.

El mancebo la cogió, la examinó en silencio, y luego volvió la cabeza hácia el interior de la tienda y golor.—Maestro!

En este momento dos damas jóvenes y hermosas que acababan de descender de un coche, penetraron en la tienda hablando y riendo como locas y dejando en pos de sí una estela de aroma aromático.

Una de ellas clavó por un momento sus hermosos ojos en Enrique y los apartó en seguida con distracción. El elegante, el irresistible calavera que un año antes enorgullecía á una mujer cualquiera con una sonrisa, ahora sin alistar ni pensar, vestido con su surta camisa, cubierta la cabeza con un sombrero viejo, demacrado por la miseria, trémulo de fiebre, no merecía una mirada.

El mancebo con la sonisa en los labios acudió á servir á las damas, diciendo á un hombre como de treinta años que salía de la tienda limpiándose los labios con una servilleta y mascando el último bocanito de su doca yuncos.—Ese hombre quiere vender una cruz.

Enrique se ruborizó sin atreverse á mirar á las damas, y presentó su cruz al platero, que la ensayó y la pesó con escrupulosidad.

—¿Cuánto piden? preguntó á Enrique.

—Lo que Ud. dé, dijo este.

El platero le examinó de nuevo haciendo una mueca de disgusto, y dijo:—Treinta reales...

Treinta reales un poema de recuerdos! Treinta reales una cuerda de la lira del alma! Treinta reales un reticario de amor filial! ¿Pero qué hay en esto que pueda espantar? ¿Acaso los poetas no sacan todos los días su corazón á pública subasta y venden sus recuerdos, sus ilusiones, sus lágrimas, su alma entera, por unos granos de oro al *Diablotinillo*?

Enrique recibió el dinero y salió de la tienda respirando como el naufrago que medio ahogado sale á la orilla. Se le había quitado un peso del corazón, y la felicidad de haber concluido el tormento de la venta no le permitía pensar en el recuerdo que había perdido.

Pero pronto se dispuso su alegría como la luz de una aurora boreal que vuelve á dejar su plaza á la noche. Los treinta reales que poseía no le servían de nada; ¿cómo los hacía producir? Una idea vino á esperanzarlo; la fortuna del juego, esa diosa que había sido para él tan amable como una querida en los salones cuando jugaba por lujo de perder, podía sonreírle aun, podía tenderle su mano para salvarle del piélago de la miseria en que se ahogaba. El sabía de muchos que no vivían sino de jugar con prudencia, y pensó en obrar como ellos.

Sabía pues á la primera casa de juego que encontró, y que le había enseñado en otro tiempo uno de sus amigos.

Aun duraba la partida comenzada la noche anterior, aunque eran cerca de las diez de la mañana; pero la compañía ya hombres solos habían desparecido esas hijas del vicio junto al tapete verde tradicional, venden sus caricias al que juega con su madre postiza, para

distraerle del juego y hacerle perder. Es sabido que sus madres son parte en las pérdidas y no en las ganancias aunque juegan con nuestro dinero; pero le toman como el precio de sus hijas que os entregan como á los niños hambrientos un chupador de marfil.

Nadie reparó en la llegada de Enrique, ni él fijó su atención en el inmundado cuadro que la habitación le ofrecía. Aquellos hombres saboreando los terribles placeres del juego como un turco su opio, ó como un visico el amor que le mata con su último beso, aquellos otros sumando probabilidades y sin atreverse á depositar la pieza que luéstran entre sus dedos hasta estar seguros de que *conocen la baraja*, semejante á aquellos que tienen pretensiones de conocer el corazón de las mujeres, los que juegan inocentemente para desquitarse, y cada vez pierden mas y cuanto mas pierden mas juegan, aturdidos por la embriaguez de la desesperación; y los que pretestan jugar para observar desde la sombra con sus ojos centellantes como los del tigre en acecho á los favorecidos por la fortuna, fraguando quizás en su imaginación un proyecto de robo á mano armada, todas estas figuras características, colocadas de pié en torno de la mesa donde el banquero impassible y mudo como el fabuloso destino va arrojando las cartas pausadamente después de descubrir las *pinzas* con lentitud, en medio de un silencio sepulcral, que permitía oír el acelerado latido de los corazones; todo esto, repito, forma un grupo horrible, pero bastante notable para que un émulo de Velazquez produzca en él un cuadro como el de los *Borrachos*, un estudio en que cada pincelada valga un poema y cada rostro sea una verdadera fisiología.

Enrique miró las cartas tendidas sobre la mesa. Eran un cinco de espadas y un rey de oros. Con la predilección de todos los jugadores en agraz escogió el rey y puso á su lado medio duro.

El banquero tiró, salió el rey, y Enrique recogió su ganancia.

En seguida puso un duro y ganó tambien; puso todo su dinero y empezó á ganar doblando á cada jugada, de tal modo que al cabo de una hora poseía cerca de tres mil reales. A cada jugada apuntaba con mas fé, y el corazón le palpaba de tal modo, que parecia próximo á salirse del pecho. Su imaginación, excitada por la calentura, le representaba otra vez las riquezas que antes habia poseído, riquezas mayores aun, las de los tesoros de los cuentos orientales, agrupadas á su lado sobre el tapete...

(Continuará.)

PABLO GAMBARA.

LA CAUTIVA.

Leyenda granadina del siglo XIV.

II.

De la árabe ciudad turba el reposo
grande alboroto y militar estruendo,
y en sus cóncavos ámbitos resueñan
del atabal los pavorosos ecos.

Quién, aquí ajusta á su corcel la cincha,
y ufano ya con el marcial arreo,
el bruto se impacienta y se alboroz,
y la rizada crin sacude inquieto.
Quién, al partir dirige una mirada,
mudo ádios, que quizá será el póstrero,
al dorado ajimez, donde una bella
su llanto oculta con el blanco velo.

En confuso tropel prestos acuden
á la ancha plaza, cuyo círculo estenso
cubren ya los apuestos escuadrones,
y es para tantos el recinto estrecho.
Allí de Abencerraj los nobles hijos
de altivo porte y de gallardo aspecto
los generosos ímpetus enfrenan
de yeguas, que al correr burlan al viento.
Allí se muestran los zagris astutos,
ricos en armas, galas y trofeos.
Se ven allí los rudos Mazamudas
de la tostada faz; allí los fieros
Zeneles, los Gómeres valerosos
y los Gazules de robustos miembros.
Y allí la innumerable muchedumbre
de toscas armas y de adusto ceño,
que el Africa abortó, con los que moran
de la Alpujarra en el agreste seno.

En un negro corcel de noble raza,
pomposo con el rico paramento,
que fuego alienta y que gallardo bate
con pausado compás el duro suelo,
luego el jóven monarca se presenta
y sucede al clamor mudo silencio.

Bianco y azul turbante, que descubre
el capacete de bruñido acero,
su frente ciñe y de sus hombros pende
el bordado almicel que flota al viento.
Sobre la cota, de oro recamado,
corto jubon de rojo terciopelo
y la ancha faja en cintura ajusta
do el agudo puñal lleva sugeto.
Cubre el calzon con los nudosos pliegues
la fuerte malla, y del cordón suspenso,
al lado brilla el damasquino alfange,
cuyo puño inciente y de gran precio
á su artífice dió riqueza y fama,
por sus raras labores y letreros.

El valeroso Osman, á su derecha,
en un castaño de anchuroso pecho
airoso se columpia; Walid siempre
su gratitud le muestra y su respeto,
que si hoy ocupa el esplendente trono
del insigne Althamar, tan alto puesto
lo debe solo al poderoso influjo
de este noble caudillo y á su esfuerzo.
Su nombre en las fronteras de Castilla
solo se escucha con espanto y miedo,
pues la victoria vá do vá su espada,
que fulminó sangrienta en mil encuentros.

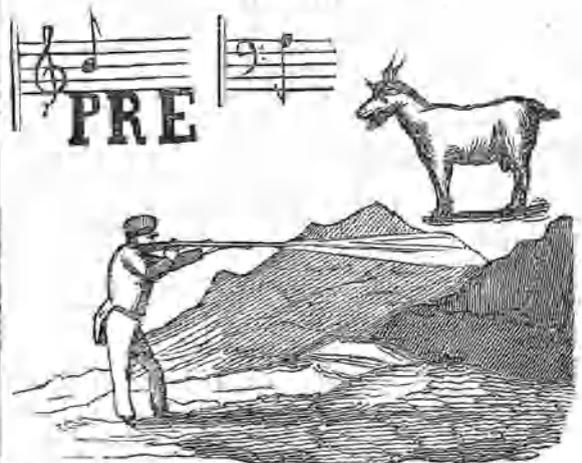
Un imberbe mancebo se divisa
del rey Abdul-Walid al lado opuesto,
sus armas ostentando y gentileza
sobre los lomos de lozano overo.
Su nombre es Ismael, que de Algeciras
una lucida bueste conduciendo
mandó el Wali, su padre, porque prueba
en ruda lid el temple de su acero.
Noble, valiente, altivo, decodado,
de la florida edad en lo mas bello,
de hirviente sangre el corazón henchido,
llena la mente de dorados sueños,
halagan su ardorosa fantasía
imágenes de gloria, y en su pecho
de estelsa fama y eternal renombra
siente brotar el impaciente metal.

Rápida una mirada el rey dirige
á la ordenada bueste, y á su aspecto
por sus labios cruzó leve sonrisa,
triste presagio á los cristianos pueblos.

(Continuará.)

EMILIO LAFUENTE ALCANTARA.

JEROGLIFICO.



Director y propietario. D. Angel Fernandez de los Rios.

MADRID.—IMP. DEL SEMANARIO PINTORESCO, á cargo de D. G. Albarra.